

MUROS DE FIERRO

Todo el mundo ya sabía que dentro del paquete rectangular que el pequeño Hassan acababa de recibir, en la mañana de su cumpleaños, había una pequeña jaula con un pajarito. Agrupados alrededor del pequeño, oímos, antes que él arrancase el papel lleno de hoyos, el batir dubitativo de las alas y un gorjeo asfixiado. A pesar de eso, nadie creía que el pájaro pudiese haber llegado vivo. Y, ¿qué podía hacer un niño como aquél con un pájaro de verdad?

Momento después, el paquete estaba abierto. Hassan se acercó a la jaula, agarrándola y apretándola con fuerza. Grita excitado:

— ¡Es un gorrión!

Poco tiempo tuvimos de mirar, durante el viaje, la jaula y el gorrión. Hassan estaba emocionado, con las mejillas rojas y los ojos brillando mientras giraba por el cuarto, sin saber qué hacer. Después de algunos minutos, nos dejó ver más de cerca el pájaro preso, pero no acercaba la mano a la jaula. Agarraba la argolla que estaba en lo alto de ella con fuerza.

La jaula no estaba pintada y tenía la madera cubierta por una mano de barniz. En el centro, estaba incrustado un palito de gallinero. Había un platillo para el agua, fijado en un ángulo, y un recipiente para granos, en el otro. En el techo de la jaula, que tenía la forma de una pirámide, pequeñas barras de fierro habían sido cuidadosamente encajadas. El pájaro se agarraba en lo alto con todas las fuerzas de sus frágiles patas. Temblaba al sacudir, desesperadamente, la cabeza, pero colocaba sobre nosotros aquellos pequeños ojos brillantes, como dos aros negros. El alto de la jaula era de un rojo metálico, lo que parecía dar a sus movimientos una violencia impotente y triste. Tenía, en el mirar sin esperanza, una especie de heroísmo. Por unos momentos, dejaba de saltar por entre las barras de las jaulas y del techo. Cada vez aterrizaba pesadamente, poniendo el pico entre las barras, buscando frenéticamente una salida. Los puntos negros y rojos que tenían la cabeza le daban un cierto aire de furia y tristeza simultáneas, una tristeza punzante. Su pequeño cuerpo inclinado, las garras crispadas y los ojos febriles daban la impresión que meditaba pronto a tomar una importante decisión.

— ¿Por qué no se queda quieto un poco?

— Está con miedo...

— ¿De quién?

— De ti...

Hassan observa el ave con una mirada de decepción. Se preguntaba si alguna cosa en él podría asustarlo. Su rostro revelaba la confusión interior del niño que no sabe cómo conducir las cosas para que todo camine conforme a sus propios deseos. Fue entonces que mi hermano más viejo, que estaba atrás de mí, dijo:

— No, él no tiene miedo de ti. Un gorrión no siente miedo.

— Entonces, ¿por qué él no para de agitarse?

— Está acabando de tomar posesión de su nueva casa... ¿no estás viendo? Mira bien... Está observando pedazo por pedazo, parte por parte, aprendiendo a mecerse, conociendo la jaula...

Todos, juntos, miraban el pájaro que revoloteaba sin descanso por entre las barras. Realmente, era bien posible que estuviese haciendo o reconociendo el nuevo hogar... Hassan, entretanto, necesitaba de respuestas más exactas:

— Pero él ya estaba en esta jaula antes de llegar aquí. Ya tuvo tiempo para descubrir la casa nueva antes...

— Tu tío la compro, o tal vez capturó al pajarito, hace poco tiempo. En todo caso, la jaula es una cosa nueva para él. Por eso se mece tanto.

Nuestro mirar se volvió otra vez al pájaro. Él continuaba, balanceándose dentro de la malla de fierro que lo sujetaba. Mi hermano volvió a hablar, con la misma voz tranquila:

— Un gorrión necesita de dos a tres meses para acostumbrarse con su nueva casa. Durante ese período, él observa todo con la mayor atención. Al mismo, tiempo no deja de buscar una salida al exterior.

Hassan aprieta sus manos a las espaldas y, sin sacar los ojos del pájaro gris salpicado de un rojo de sangre, dice:

— ¿Va a estar así tres meses?

— Sí, va a estar así.

— ¿Y no va a cantar durante los tres meses?

— No. Va a gorjear un poco, pero no va a cantar.

— ¿Y después?

— Después, tal vez cante...

— Y de noche, ¿él va a dormir como la gente duerme?

— No. Él se queda de pie, sin acostarse. Y deja los ojos bien abiertos para ver todo a su alrededor.

Mi hermano, que sabía que las preguntas de Hassan no dejarían dormir a la noche, que iría a ocupar todo el tiempo en el pájaro, mirándolo en cualquier movimiento.

Durante cinco días enteros, el pájaro se apoderó de todos los espacios de vida de Hassan. Él convidaba a sus amigos para contemplar al animal, que ahora le daba por chupar las barras de la jaula. Parecía estar descubriendo cada rincón, cada rendija, cada color. El pequeño repetía a sus amigos lo que mi hermano había dicho, y agrandaba, como hacen los niños, cada una de las explicaciones, una nueva imagen o un nuevo trazo.

Sin embargo, Hassan no me parecía enteramente convencido de que el pájaro asustado acabaría por acostumbrarse a su nuevo hogar. Habló de sus dudas conmigo en muchas oportunidades, pues no tenía valentía de hablar con mi hermano mayor. Un día, él me preguntó:

— Si después de tres meses resuelvo abrir la jaula y dejo que él hulla, ¿volverá?

No podía responder. No conocía nada sobre la vida y los hábitos de los pájaros. Prometí que me informaría con mi hermano y llevaría la respuesta. Cuando hablé con mi hermano, él murmuró:

— No seas idiota. Él se acostumbra a la jaula, si se conforma con vivir allí. Pero si fuera colocado fuera de ella, no volvería nunca más.

No conté eso a Hassan. No era el caso complicar la historia, que ya era mucho para su pequeña cabeza. Era mejor que él encarase las cosas a su manera. Era más cómodo para Hassan, y para nosotros también. Mi hermano creía lo mismo. Él creía aún que la idea de dar un pájaro vivo a un niño era

absurda. Eso podía hacer que otros aspectos de su vida quedasen más sombríos:

— Mira aquí. Él abandonó todos sus juguetes, sus animales de plástico, de tela o de algodón. Un millón de pájaros de plástico o de tela no van a tomar el lugar de ese maldito gorrión... ¿Cuál fue el nombre que él le dió?

— Hassoun.

— ¿Qué?

— Hassoun. Él no entiende por qué quieren darle otro nombre.

Luego, Hassan me pidió dinero para comprar una jaula un poco mayor. Yo ya había notado que la otra jaula era muy pequeña para abrigar el vuelo desvariado e incansable del ave. Pero la nueva jaula no cambió nada. Ella solamente le permitió ir más lejos a cada batir de las alas. Entretanto, Hassan se encantaba, sobre todo cuando le anuncié que el cambio quedaría por su cuenta.

Le expliqué que debía asegurar al pájaro con las dos manos, sin apretar mucho para no matarlo, pero también sin dejarlo suelto para que huyese.

— ¿Y si él me picotea?

— Solamente si tú lo aprietas mucho. En ese caso, afloja un poco.

— ¿Y si él huye?

— Sólo no lo sueltes demasiado.

Él me mira sin comprender muy bien. Pero, de una manera u otra, debía ser él mismo el responsable de la mudanza. E hizo todo mejor de lo que podía imaginar. Ni se quejó cuando el pájaro metió el pico en su mano. En los días siguientes, habló mucho y creyó que el gorrión estaba más feliz en su nueva jaula. Mi hermano mayor, escuchando pacientemente durante el almuerzo, no concordaba. Dijo a Hassan, sin levantar los ojos del plato:

— No fue bueno comprar una jaula nueva...

— ¿Por qué?

— Perdiste un mes. El pájaro necesita recomenzar a acostumbrarse ahora a la nueva casa. Eso va a llevar más tiempo, porque esa jaula es más grande.

Observé con el canto de los ojos al niño, que miraba tristemente alrededor, haciendo fuerza para continuar comiendo. Luego él desiste, pone la cuchara al lado del plato, y me encara. Viendo la reacción de él, mi hermano intenta arreglar:

— Pero, ¿Quién puede saber? Al pájaro le puede hasta gustar su nueva casa y acostumbrarse deprisa.

Él tiene el modo de quien entiende de esas cosas...

Antes de que mi hermano acabase de decir lo que quería, nuestras miradas se encontraron. Hassan continuaba observándome fijamente, esperando algún gesto que lo tranquilizase. Pero su hermano, acabando de engullir un enorme bocado, continuó:

— Pues es... tu pájaro debe ser un especialista. Él debe haber demorado unos dos meses en una jaula de mimbre en la casa de tu tío. Después, él lo colocó en una jaula de madera que compró especialmente para mandártelo. Entonces, aquí, después de un mes tú le compraste esa jaula nuevita...

Sin esperar el fin de la frase, Hassan impulsó la cadera, se levantó y fue en silencio a su cuarto. Intenté evitarlo asegurándolo por el brazo. Con la cabeza baja, el mentón tocando el pecho él tenía los ojos llenos de lágrimas que estaba intentando contener, en la mesa. Antes que comenzase a sacudirse con el hipo, yo le susurré al oído.

— ¿Qué tienes?

Él no llegó a responder. Soltó su brazo y él corrió al cuarto. Algunos minutos después fui hasta allá. Él estaba arrodillado cerca de la jaula donde el pájaro saltaba de un lado para otro. Cuando se dio vuelta hacia mí, parecía tener preparado lo que me fue diciendo:

— Hace tres meses que él no para de agitarse. Y tiene aún otros tres meses más...

Pensé de repente que las pequeñas alas no irían a aguantar tres meses. Iba a proponer a Hassan que abriese la puerta de la jaula y lo soltase. Me controlé, para dejarlo llegar por sí mismo a esa decisión. En el instante siguiente, una cosa extraña sucedió: El pájaro paró de una vez. Asegurando una barra con sus garras, el cuello estirado —un cuello blanco hecho de espuma de mar—. Nos miraba sin movimiento. Luego me di cuenta de lo que sucedía. Pero Hassan quedó feliz. Poniendo sobre mí sus grandes ojos, sonrió. Una sonrisa que ya estaba dejando singular todo aquello. Yo repetí su sonrisa.

Corrió hecho una flecha rumbo al comedor. Oí los gritos de alegría que él daba, mezclados con el sonido de sus pasos al corredor:

— ¡Él paró! ¡ Hassoun paró!

Después oí cuando volvía. Abrazó la jaula y se arrodilló otra vez. Tamborileaba con los dedos sobre las piernas, lleno de alegría. Mi hermano se acerca y queda parado por un momento detrás de él, sin dar mucha atención al pájaro. De repente, se inclina al frente con las manos apoyadas en las rodillas, observa el pájaro siempre inmóvil, cuando Hassan repite sin parar:

— ¿Estás viendo? Él se detuvo...

Con los ojos siempre fijos en el gorrión, mi hermano mueve lentamente la cabeza, frunce el ceño y dice simplemente:

— Él acaba de morir.